

Cuentos ganadores Concurso “Historia de las Ciencias Farmacéuticas 2022”

Academia de Ciencias Farmacéuticas de Chile¹

Publicamos en esta ocasión excepcionalmente los cuentos ganadores del concurso Historia de la Ciencias Farmacéuticas 2022, de la Academia de Ciencias Farmacéuticas de Chile (ACFCH). Esta trasgresión a nuestra política editorial, se justifica pues queremos relevar el rol de la ACFCH y buscar una colaboración sistemática con nuestra revista, en la publicación de artículos de plantas medicinales y medicamentos en un contexto de salud pública.

CATEGORÍA ESTUDIANTES SECUNDARIOS

El regalo de mi abuelita

Jaime Flores

Hace unos años, en una tarde invernal, me encontraba con mi abuelita en su casa, estábamos tomando infusiones para pasar el frío y conversar.

Durante la tarde, ella me dijo que quería darme un regalo, algo que le obsequiaron cuando ella era niña. Intrigado le pregunté de qué se trataba y me comentó que era un viejo libro, que contenía un montón de información sobre hierbas medicinales, acompañado de algunas muestras secas que aún aguantaban los años.

Al abrir el libro, leí un prólogo que decía que la autora era mi bisabuela, que durante años recopiló información sobre hierbas medicinales, y que luego se lo heredó a mi abuelita.

En la siguiente página comenzaba el herbario, decía “Albahaca, alcachofa y maqui”, automáticamente recordé cuando comí pizza de albahaca, queso mozzarella, fondos de alcachofa y jugo de maqui. Continué leyendo y encontré “Pata de vaca y boldo”, la primera hierba me llamó mucho la atención, observé la muestra y ¡se veía una pata de vaca! Mi abuelita me dijo que servía para la diabetes. El boldo, que era lo que mi abuela bebía, sirve para el colesterol. Yo estaba tomando manzanilla, que mi madre siempre me prepara para los dolores de panza.

Continué viendo el herbario, seguía la lavanda, que es el mismo olor del aromatizante del auto. Aloe continuaba en la lista, cuando voy a la playa y me quemó con el sol siempre me echo gel de aloe vera y me siento mucho mejor gracias a que ayuda a la piel.

Cada vez me iba dando cuenta que todas las hierbas las conocía, y que eran parte de mi vida cotidiana. Seguí leyendo... rosa mosqueta estaba allí, mi abuelita me contó que el aceite de esta especie servía para el cuidado de la piel.

Estuve toda la tarde entretenido con el libro, llegó la hora de once y me prepararon un pan con palta. Mi abuelo que llegaba del trabajo me contó que, con las hojas del palto, podemos beneficiar al sistema nervioso.

¹ Correspondencia a: cms@colegiomedico.cl

Después de comer, leí que estaba el quillay, un gran árbol que alcanza los 20 metros de altura, que sirve para la caspa y otros problemas dermatológicos.

A continuación, se acercaban las hojas finales de este herbario, apareció la menta, la misma que tiene mi pasta de dientes y los chicles que come mi hermana ¡Qué curioso!

En la última hoja, se encontraba la ruda, la cual sirve para dolores menstruales y de estómago. Mi abuelita me dijo que la gente dice que ésta debe ser regalada, para de esa manera, cumplir con ahuyentar las malas vibras.

Después de leer el herbario, descubrí que existen un montón de hierbas medicinales, las cuales podemos encontrar en nuestro día a día, también me di cuenta que muchas de ellas tienen un significado especial y unen a la gente (como la ruda). Las hierbas y sus beneficios han pasado de generación en generación, al igual como mi abuelita me regaló este libro.

CATEGORÍA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

El lirio del desierto

Matías Alarcón

Era uno de los veranos más calurosos de los últimos años al interior del valle de Vallenar, en pleno desierto de Chile, un lugar inhóspito conocido por su silencio envolvente, sus enormes explanadas y la potencia con la que el sol y el frío conviven. Un diseño natural de inmensa complejidad y belleza, que componen cada centímetro de arena, roca y montaña, configurando un paisaje impresionante. Quién pensaría que un lugar así sería testigo del asentamiento de los pueblos originarios, que dieron luz y prosperidad a este extremo lugar de los confines del mundo.

Han pasado meses desde que acabó la Guerra del Pacífico. Muchas familias perdieron a sus seres queridos, y solo unos pocos lograron regresar, aunque muchos sin ser los mismos. En medio de esa desdicha vivían una niña y su abuelita, afiatadas la una con la otra. La abuelita- una mujer de unos ochenta años, con una juventud espiritual admirable- cocinaba a diario exquisitos platillos que ponía a la venta para sustentarse junto a su nieta. Mientras tanto, la niña aprovechaba de salir a jugar, teniendo siempre en mente las palabras de su sabia abuelita: *“No te alejes demasiado de la casa, que la desgracia está siempre al acecho”*.

La niña solía hacer caso a su abuelita, sin embargo, un día su imaginación la llevó más lejos, y sin darse cuenta se encontró en las afueras de su pueblito, un lugar en donde jamás había estado. En su mente resonaban las palabras de su abuelita, pero su curiosidad la invitaba a recorrer ese desconocido lugar. Miró a su alrededor, y se encontró en una gran explanada, en donde ningún alma parecía vagar. A lo lejos, la niña vio algo que contrastaba con el espíritu del lugar, árboles y arbustos rodeando lo que parecía ser el reflejo de un río. Asombrada corrió lo más rápido que pudo, sus pequeños pies ya no daban más del cansancio, cuando se encontró de frente con un río inmenso, rodeado de una vegetación distinta a la que existía en el resto del valle. Para ella este era un lugar mágico, un oasis en donde podría ir a jugar a diario, lo llamó su jardín secreto. Así, todos los días la niña le decía a su abuelita: -Tita voy a jugar y vuelvo. Mientras, ella sabiamente le recordaba: -No te alejes demasiado de la casa, que la desgracia está siempre al acecho.

Un día la niña se dirigió a su jardín secreto, y como muchas veces, se metió al río para capear el fuerte sol del desierto. Estaba chapoteando al centro del río, cuando de repente sintió algo extraño, miró a su alrededor, y en la orilla había un pequeño animal tomando agua, ella jamás había visto uno igual, pero le pareció inofensivo, por lo que decidió acercarse. El animal al ver a la niña escapó rápidamente, y comenzaron una carrera. La escena era intrigante, por más que ella se esforzaba, el animal corría mucho más rápido, y poder alcanzarlo se desvanecía frente a sus ojos. De pronto, la niña tropezó con una raíz, y cayó estrepitosamente al suelo dándose un fuerte golpe en la cabeza. El dolor era insoportable, la niña lloraba desconsoladamente, tenía rasmilladas las rodillas y se había hecho un corte en un brazo: - ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Tita! ¡Tita! – exclamaba, estaba muy asustada, sus heridas le dolían mucho. El animal observaba toda la escena desde la copa de un árbol en donde se había escondido, y al ver a la niña llorando, decidió

acercarse. La niña al ver a la criatura le dijo: -Ho...hola ¿me puedes ayudar amiguito? ¿Cómo te llamas? El animal la miró fijamente y le dijo - Los humanos me llaman *«Lión»*. La niña sintió un alivio gigantesco: - Me duelen mucho mis heridas- exclamó al mismo tiempo que se las enseñaba. Lión la miró con sus grandes ojos amarillos, y le dijo: -Quédate tranquila y confía en la naturaleza, ella siempre tiene la medicina indicada. Se acercó a una planta de largas hojas oscuras y con puntas pequeñas en sus bordes, y con sus filudas garras cortó una de sus hojas: - Esto es *«aloe vera»*, una planta que es capaz de curar cualquier tipo de herida- dijo Lión. La niña estaba asombrada, desde las entrañas de esa planta oscura, de aspecto tosco y desaliñado, comenzó a fluir una sustancia viscosa y transparente, algo que ella jamás había visto. Lión tomó un poco del fluido, y lo colocó con mucho cuidado sobre las heridas de la niña, quien exclamó a los minutos: - ¡No lo puedo creer! ¡Es increíble! Estoy cicatrizando y ya no siento casi nada. Pero al momento Lión ya no estaba, y comenzó a sentir un aroma familiar, era la comida de su abuela: -Es imposible, mi casa está lejos de aquí- se decía. Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando repentinamente abrió los ojos, y se encontró recostada en su dormitorio, junto a ella se encontraba su abuela: - ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo llegué hasta aquí? - preguntó exaltada a su abuela. Hace mucho sé que te ibas a jugar cerca del río- le contestó. Fue fácil encontrarte cuando no regresaste - prosiguió. ¡Pero es imposible! - exclamó la niña. Se buscó las heridas para mostrárselas a su abuelita, cuando impactada no encontró rastro de ellas, habían desaparecido. Una cosa más- le dijo la abuelita. Cuando te encontré estabas dormida profundamente a los pies de un gran árbol de belloto, y a tu costado había unas hojas de *«aloe vera»*, el lirio del desierto, una de las plantas más bellas y misteriosas, que refleja muy bien la vida misma, con un aspecto duro, oscuro e inhóspito por fuera, mientras que por dentro fluye la esencia pura, curativa y refrescante, que colma el espíritu de quienes la rodean.

La niña jamás olvidaría aquel encuentro con *«Lión»*, y las enseñanzas de su querida abuelita se quedaron en lo profundo del desierto de sus recuerdos, hasta el último de sus días.

FIN

CATEGORÍA ADULTOS

Los secretos del cedrón

Nicole Cortez

En los pasajes de las casas pareadas de Puente Alto habita el cemento con grietas, los gatos que buscan hogares diferentes a través de los techos ruidosos nocturnos, los murales del Colo, la cancha seca acompañada de tres bancas, y por último, los variados patios de aquellas casas. Desde mi ventana distingo tres que colindan con el mío; el que tiene el techo de zinc, el que siempre tiene ropa tendida y el del árbol de cedrón.

Desde mi ventana distingo tres patios que colindan con el mío, y el único en el que me pierdo minutos con la mirada es el que enraíza aquel árbol. Por varios meses muestra sus hojas largas y puntiagudas verdes al sol, abrazadas de sus pequeñas blancas flores. Cuando comienza el frío más frío del año, es el momento en que el árbol comienza a arrugar y secar sus hojas. También es el momento en que la señora que usa falda larga y pelo largo, la misma que nunca me ha saludado durante estos años, le corta sus tallos y le corta sus hojas. Es en esa época del año, durante el frío más frío, cuando me imagino que los tallos y hojas que corta la mujer son para crear secretos mágicos entre el árbol y ella. ¿Cuántos frascos utilizará para esconder el perfume de cedrón?, ¿cuántos preparados amalgamará para guardar todos los secretos y medicinas del cedrón?, ¿cuántos sortilegios creará?

Mientras la primavera, el verano y el otoño viven en la urbe, yo también imagino que comparto secretos con las hojas de cedrón. Cada tres noches, camino cautelosamente por mi patio hasta llegar a la muralla que fragmenta mi casa y la casa que enraíza al árbol, luego pongo mis pies en puntillas, subo la mirada por la muralla para asegurar que las luces de la casa vecina estén apagadas, y durante ese silencio que solo presencian los gatos del techo, la brisa que se desliza en las plantas, la noche y su cielo, es cuando comienza un ritual pagano entre el árbol y yo.

Corto tres o cuatro hojas de cedrón, mientras siento el placer del olor a limón que emana del vivo árbol, aprieto suave las hojas entre mi palma y dedo, para luego entrar a la cocina a hervir el agua, y enseguida disponer las hojas bajo esa agua, esa agua contenida en una taza, y esa taza bajo un platillo, que por cinco minutos hará la presión para que a través del hervor se concentre la fortaleza de las hojas. Es así cuando la infusión me calma la ansiedad si mi mente sobrepensa, cuando la infusión me hace dormir si una noche es de insomnio, cuando la infusión calma el dolor de *guatita* si está molesta. Agradezco al árbol, y hay algo en él que me hace sentir que me agradece a mí, y así pasamos las semanas. Todos los días cuando pega el sol, le miro por mi ventana y desde allí, si tengo suerte, puedo tocar una de sus flores para saludarlo. A veces vigilo como la señora de falda larga y pelo largo riega la tierra de su patio y conversa con el árbol de cedrón. Y cada tres noches es cuando nuestro secreto lo presencian los gatos del techo, la brisa que se desliza en las plantas, la noche y su cielo.

Hoy es jueves y caminé sigilosamente a la muralla que fragmenta los patios, pero justo antes de dar el impulso para ponerme en puntillas escuché como unos dedos cortaban algunas hojas de cedrón y como el arranque de estas hizo que la estructura del árbol se moviera ligeramente. Pero esas manos no venían del patio de la vecina de falda larga y pelo largo que nunca me ha saludado durante estos años, las manos estaban en dirección al patio que perpetua la ropa colgada. Pensé rápidamente en ponerme en cuclillas para que nadie descubriera mi secreto, cuando escuché la voz de una mujer.

- ¿Quieres sacar un poco de hojas? - me preguntó.

- ¿Usted también guarda secretos con el árbol de cedrón de nuestra vecina? - exclamé

- No sé si es guardar un secreto, pero de vez en cuando, en mis días de alergia, vengo a robar de forma amistosa unas cuantas hojas de cedrón a la vecina. Mi abuela cuando estaba viva me contaba que era el remedio del estornudo. También a veces decía que una *agüita* de cedrón servía para aclarar la mente de tanta cosa que a veces una piensa.

- Tal vez todos tenemos secretos diferentes con el árbol de cedrón de la vecina.- le dije, pero no hubo respuesta, mientras escuchaba el chirrido de una puerta que se cerraba y el sonido de una cerilla que pasaba por su caja para prender una pequeña llama.

Luego de quedarme en silencio por unos minutos, pensé y miré el árbol de cedrón, miré la luna creciente que alumbraba tenuemente la noche, mis manos y el trozo de tierra que cubre mi patio, volví a mirar el árbol y pensé en la sabiduría de la naturaleza para morir y renacer todos los años, y en todos los secretos que pueden guardar con todas las personas de todas las generaciones.

Ahora me detengo, pienso y digo en voz alta. - No debe por qué existir el secreto entre lo que pertenece a la tierra y quien necesita de ella.